

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS
SOCIALES - SEDE ECUADOR
MAESTRIA EN ANTROPOLOGIA
CONVOCATORIA 1993-1995**

El racismo en el Ecuador: un problema de identidad

VERSION PREELIMINAR

Asesor/a: Jean Jacques Decoster , Ph.D.

José Almeida Vinueza

Quito, septiembre 1996

FLACSO - Biblioteca

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

FLACSO

MAESTRIA DE ANTROPOLOGIA ANDINA

TESIS

EL RACISMO EN EL ECUADOR: UN PROBLEMA DE IDENTIDAD

Por

JOSE ALMEIDA VINUEZA

DIRECTOR

JEAN JACQUES DECOSTER

QUITO, SEPTIEMBRE 1996

**EL RACISMO EN EL ECUADOR:
UN PROBLEMA DE IDENTIDAD**

INDICE

	Pág.
INTRODUCCION	1
I. EL RACISMO COMO PROBLEMA MUNDIAL	8
II. RAZAS HUMANAS Y RACISMO	21
2.1 Las "Razas Humanas"	23
2.2 La Práctica y Doctrina Racistas	31
III. RACISMO E IDENTIDAD	38
3.1 Polémicas Sobre la Identidad	39
3.1.1 El Esencialismo	40
3.1.2 El Procesualismo	42
3.1.3 El Constructivismo	44
3.1.4 El Retorno del Esencialismo	51
3.1.5 Una Salida a la Polémica	54
3.2 Identidad y Construcción Nacional	57
3.2.1 Identidad, Raza y Nación	57
3.2.2 El Advenimiento de la Raza	61
3.2.3 La Guerra de Razas en América Latina	67
IV. EL PROBLEMA DEL RACISMO EN EL ECUADOR	73
4.1 Discusión Preliminar	73
4.2 Los Indios y el Mestizaje	78
4.3 El Fundamento del Racismo en el Ecuador	88
4.4 El Estado y El Cuerpo Social Enfermo	96
V. REFLEXIONES FINALES	101
BIBLIOGRAFIA	

EL RACISMO EN EL ECUADOR: UN PROBLEMA DE IDENTIDAD

Por
José Almeida Vinueza

Es duro ser negro. ¿Has sido negro alguna vez? Yo fui negro una vez ... cuando era pobre.

(Larry Holmes, boxeador)

INTRODUCCION

Es común escuchar que los ecuatorianos "no somos racistas". Esta opinión, al parecer, señala la inexistencia en nuestro país de normas jurídicas o prácticas institucionales que discriminen a un individuo o grupo humano por su apariencia física. Sin embargo, esta apreciación está muy lejana a la realidad: en el Ecuador existe desprecio racial, fundamentalmente en contra de aquellos ciudadanos denominados displicentemente como "de color", de apariencia "aindiada" o "chola".

Los ejemplos abundan: recientemente, ante el avance de la "ola delictiva" en la capital, un alto oficial de la Policía Nacional no tuvo empacho al adjudicar tal incremento a la llegada de migrantes negros, los que, según él, constituían una "raza proclive al crimen"¹. Sintomático también fue el rechazo manifiesto de un sector de la opinión ciudadana a la elección de una negra como "Miss Ecuador"². Esto no hizo otra cosa que poner en manifiesto una apreciación contundente: a nivel de los medios de comunicación, los mensajes de "belleza", "educación", "progreso", "riqueza" y "cultura", por lo general son asociados a imágenes o estereotipos

¹. Ver periódico HOY, pág. 5-B, Quito, 9 de septiembre de 1995.

². En su acostumbrada sección "interactiva", el periódico HOY preguntó a su público el 13 de febrero de 1995: "¿Está de acuerdo con la elección de Mónica Chalá como Miss Ecuador 1995"? De 175 respuestas telefónicas, el 78% respondió que no.

"blancos", dejándose entrever sutilmente que los valores inversos se sitúan en la "indiada" o el "cholerío". El desprecio es tan afincado que a pocos les preocupa que en determinados espacios sofisticados se les impida la entrada a los indios, así éstos tuviesen dinero, ni que a un nivel más cotidiano e "inocente", los niños forjen su aversión a la gente "de color" participando alegremente en el tenebroso juego del "hombre negro"³.

En realidad, es fácil constatar que, aunque en el Ecuador no hay una política oficial discriminante, la mayoría de sus ciudadanos excluye y rechaza a aquellos que exhiben rasgos físicos pretéridos. Esto incluso genera en algunas personas un compulsivo desprecio por sí mismos y el frenético afán de reprimir todo rasgo que los delate como ligadas a tales poblaciones. En este sentido, la pregunta cae por su propio peso: ¿a qué se debe y qué implica este aparente desfase entre la retórica oficial y la vida diaria?

Para muchos, esta contradicción no obedece a otra cosa que a una "anomalía social" que, por lo general, se focaliza en individuos prepotentes o sectores de escasa sensibilidad social, salvándose el resto de tal aberración⁴. Sucedería lo que más o menos se piensa sobre la vigencia de lo legal: las leyes y sus instituciones, en sí, son buenas; lo inevitable es que algunos las pasen por alto y decidan delinquir. Recae entonces sobre el individuo la responsabilidad de la transgresión y, de este modo, tanto los "buenos ciudadanos" como el cuerpo jurídico que los rige salen exonerados de toda culpabilidad sobre el problema aludido.

³. Como variante del juego de las "cogidas", un bando de niños debe huir ante la amenaza de otro niño que representa a un "hombre negro" que "bebe sangre y come carne"; los que son tomados por éste como "prisioneros", son sometidos a castigos. Sobre el papel socializador e ideologizante de los juegos ver JAULIN, Robert (Comp.) **Juegos y Juguetes**, Siglo XXI Editores, México, 1981.

⁴. Al respecto, las posiciones de Bettelheim y Adorno son representativas de esta tendencia interpretativa. Ver WIEVIORKA, Michel. **El Espacio del Racismo**, Paidós, España, 1992, pp. 66 y ss.

Pero, esta tesis, aunque muy común, es poco convincente, ya que deja algunos vacíos al enfrentar problemas tales como los desencadenados por el propio racismo: ¿es posible liberar a las instituciones y sus normas de toda responsabilidad sobre su incidencia, y atribuir su presencia únicamente a la desviación de individuos o grupos "fanáticos", "intolerantes" o "anormales"?

En este trabajo se busca poner en evidencia precisamente lo contrario: el racismo no se centra en unos cuantos "mal educados" o "inconcientes ciudadanos"; está regado en todo el plexo social y fluye subrepticia y conflictivamente por sus instituciones. Y en ellas está la base y fundamento que dá de beber a aquellos que, al sentirse amenazados en sus intereses en períodos de crisis social, requieren de argumentos convincentes para disputar o cerrar espacios y recursos a competidores advenidizos y despreciables que asedian su estabilidad. En este sentido, ¿cuáles son esos argumentos y normas institucionales, y de qué modo son transmitidos e incorporados por una sociedad civil en aguda reververancia? Y más particularmente, ¿de qué modo es construido el prejuicio racista en la subjetividad de los ecuatorianos, y en qué momentos o circunstancias es efectivamente detonado como práctica discriminatoria?

Como se demostrará más adelante, la responsabilidad de las instituciones ecuatorianas en la forja de los sentimientos y actitudes racistas de su población es evidente. Y en tanto estos resortes institucionales son encubiertos o poco explícitos, corresponde revelar y caracterizar los sutiles mecanismos con que se inyecta imperceptiblemente el prejuicio racista en el fuero interno de los ecuatorianos.

Así, dentro de esta perspectiva, aquí se plantea que el racismo es, ni más ni menos, un fenómeno **constitutivo de la nacionalidad ecuatoriana**. Esta hipótesis, que podría considerarse como exagerada o "maximalista", puede ser chocante; pero tiene su fundamento.

En realidad, para el caso ecuatoriano, el énfasis en la raza ha

sido justamente el dial del **proceso identitario nacional** impulsado por las esferas oficiales desde mediados del siglo pasado. Lo sorprendente es que ésto se mantiene hasta la actualidad: ante la evidencia del "subdesarrollo" de la sociedad ecuatoriana y frente a la imposibilidad de llegar a ser como los arquetipos foráneos del ansiado "desarrollo", a los continuadores de esta política identitaria les preocupa más adjudicar la culpabilidad de tal retroceso a los "indios", "cholos" y "negros", que forjar una orientación nacional altruísta y superior que defina su destino por mérito propio. Esta es una suerte de negatividad conceptual que todavía aqueja a los ideólogos oficiales de la identidad ecuatoriana⁵. No es extraño entonces que las instituciones estatales y paraestatales, encargadas de construir y socializar valores para los ecuatorianos, se encuentren atravesadas de ideas que, a la larga, incitan a asumir el "desarrollo" en forma negativa; es decir, como un proceso fundado en la extirpación de las "taras ancestrales" del país, muchas veces asociadas arbitraria y arteramente a ciertas marcas fisonómicas de su población.

Este conjunto de ideas, al parecer, constituyen una suerte de "ideario" que no consta en ningún documento ni en algún articulado legal. Pero, está vigente en las prácticas sociales y fluye con gran desparpajo incluso en el comentario "gracioso" e "inocente" de cualquier ciudadano con libertad para caracterizar a su arbitrio a los expósitos con los cuales por "desgracia" tiene que compartir. Este tipo de racismo, que aquí se postula como solapado e hipócrita, es tanto o quizá más riesgoso que aquellas formas falaces que han surgido en países más marcados por esta lacra de la

⁵. En forma subrepticia, esta apreciación se trasluce en el uso displicente de los conceptos de "integración" o "incorporación" de los indígenas y otras minorías étnicas al Desarrollo del país. Por lo general, el mensaje quiere decir "dejar de ser indios" para ser "ecuatorianos". En términos culturales, como se verá más adelante, se impulsa el "mestizaje cultural", el que no es otra cosa que la "ideología del blanqueamiento". Ver STUTZMAN, Ronald. "El Mestizaje: una Ideología de Exclusión", en WHITTEN, Norman (Ed.). **Transformaciones Culturales y Etnicidad en la Sierra Ecuatoriana**, Universidad San Francisco de Quito, Quito, 1993.

humanidad.

Su fuerza radica, precisamente en su cotidianeidad y familiaridad. Pocos toman en cuenta y en serio las burlas que a diario se hacen en contra de determinados ciudadanos estigmatizados por indicadores tan conocidos como un idioma aborígen, el vestido o el color de su piel. Hasta hace poco, a nadie le parecía raro que, por ejemplo, existieran torneos alternos de belleza para señoritas y para mujeres vernaculares, como es el caso de la "Reina de la Ciudad" y la "Sara Ñusta" de Otavalo, o la "Reina de Esmeraldas" y la "Morena Linda" de esta ciudad. Cualquier visitante de un país extranjero podría darse cuenta de que, más allá de la máscara folclorizante de esta distinción, yace un sentimiento profundo de escisión o segregación racial, que pocos ecuatorianos se acaban de percatar.

Por eso es que sorprende escuchar comentarios de que tal separación es una pacífica e inofensiva "tradición" y que removerla sería un error o caer en la provocación de "agitadores" y "amargados". Mientras escribía estas líneas, el Municipio de Otavalo acababa de negar la participación de una candidata indígena en la disputa del título de "Reina de Otavalo" en la Fiesta del Yamor, celebrada en "la ciudad más amable del Ecuador". Ante las impugnaciones de los agraviados y de una fuerte corriente de opinión nacional, el Presidente del Municipio ofrecía como disculpa la aclaración de que, precisamente, "esa era la tradición", recomendando implícitamente que, si la señorita indígena quería "figurar", debía terciar en el certamen para jóvenes de su "raza". Tal como ocurre con los muertos de Otavalo, los vivos no pueden saltar las barreras materiales y mentales, ni desbordar un sistema que ya Andrés Guerrero había calificado con mucha antelación y clarividencia como "apartheid criollo".

El asunto es tan imbricado, que llega a situaciones que para muchos extranjeros son asombrosas hasta más no poder. En el Mes de las Artes organizado por el Municipio capitalino, tuve la suerte de asistir con colegas de otro país a un coloquio sobre la Identidad,

al que confluyeron connotados intelectuales latinoamericanos para debatir este urgente problema. Grande fue nuestra sorpresa cuando, ante una pregunta del público sobre la notoria ausencia de intelectuales indígenas en la mesa, su moderador, ilustre escritor de nuestro país, respondió que allí estaban "sólo los que tenían incertidumbres sobre la identidad, algo que los indios ya lo habían resuelto". Aparte de observarse la falsedad de esta "ingeniosa" salida a un notorio olvido, ¿cabe concebir mayor sofisticación que ésta en cuanto a excluir a los indios de foros no organizados para "ellos"?

Ejemplos como éstos abundan; pero también confunden. ¿Donde está el límite entre la mera discriminación y el rechazo racista? ¿Cómo poder distinguirlo de las múltiples e infinitas formas que los seres humanos hemos creado para señalar distancias entre "semejantes"? ¿En qué momento o lugar se puede hablar sin ambages de una auténtica "práctica racista"? ¿Es precisamente "racismo" lo que se percibe al interior del Ecuador como práctica social discriminante?

Acuciado por estas interrogantes, éste trabajo pretende enfrentar el reto práctico y conceptual de caracterizar lo que muchos llaman "el racismo ecuatoriano". ¿Es ésta una observación debidamente fundada o una ligereza de opinión demasiado desproporcionada? No cabe duda de que el estudio sistemático de este fenómeno ayudaría considerablemente a esclarecer sus vericuetos y, lo que es más importante, aportaría con elementos conceptuales susceptibles de utilizarse para paliar los innumerables sufrimientos que se cometen en su nombre. Este trabajo pretende ser un primer paso firme dentro de este camino.

Para concretar esta perspectiva de análisis, esta tesis, en primera instancia, define y caracteriza el fenómeno del racismo en general, para luego ubicarlo en el proceso mismo de construcción nacional del Ecuador contemporáneo, donde el fenómeno identitario alcanza especial dimensión. Así, centrándose en las evidencias que confirman en discrimen en contra de determinados ecuatorianos, se

revisa sus fundamentos y consecuencias para el conjunto de nuestro país. De este modo, luego se entrega en forma conclusiva algunos criterios para combatir la discriminación racial en cualquiera de sus formas, a efectos de contribuir en algo a frenar este problema, calificado por muchos como un auténtico "azote de la humanidad".

Varias han sido las personas que han aportado considerablemente en la concepción, organización y ejecución de este trabajo. En primer lugar, a nivel de vivencias, jamás olvidaré las experiencias otavaleñas que me permitieron constatar el desprecio ejercido por ciudadanos "blancos" en contra de algunos de mis amigos indígenas. Debo mencionar especialmente las innumerables charlas con Mario Conejo, Ariruma Kowii, Germán Muenala y Luis Maldonado al respecto. Afortunadamente, en la FLACSO tuve la oportunidad de afinar preguntas y encaminar respuestas a las múltiples inquietudes surgidas tanto en la mencionada ciudad, como en mi desempeño como colaborador de organizaciones indígenas, tales como la Federación Indígena y Campesina de Imbabura y la CONAIE. Las enseñanzas de Andrés Guerrero, Jean Jacques Decoster, Joanna Rappaport, Hernán Torres, Fernando Santos, Alfonso Zarzar y Laura Rival en la FLACSO y el departir fecundo con mis colegas y alumnos del Departamento de Antropología de la PUCE, constituyen los ingredientes fundamentales de este ensayo, que espero cumpla las expectativas de todos quienes tienen un compromiso frente a lo que aquí queda denunciado.

I. EL RACISMO COMO PROBLEMA MUNDIAL

La humanidad contemporánea experimenta una de sus más sorprendentes paradojas: pese a los logros científicos en materia de crítica a la doctrina y práctica racistas⁶, éstas han recrudecido en diferentes áreas del planeta, llegando incluso a reproducir situaciones que recuerdan al propio genocidio nazi. Tanto es así que nadie podría negar que, ahora, la exclusión social y la persecución por razones de raza y etnicidad, han retornado con fuerza al escenario de los conflictos del mundo contemporáneo y que no se ve cercano el momento en que pueda amainar su impresionante irrupción⁷.

En América Latina, aparentemente, este problema no se ha afinado con la dureza evidenciada en otras áreas geográficas. Pero eso es una ilusión. Para varios autores⁸, el racismo en esta región, lejos de ser inexistente, es mas bien mucho más arraigado y activo por una razón sorprendente: en tanto se caracteriza por ser solapado, aparece ante el ciudadano común como "natural", "cotidiano" e "inofensivo", conteniendo entonces igual o quizá mayor perversidad que el racismo norteamericano⁹ o sudafricano¹⁰. Algo semejante se ha dicho en referencia a las expresiones de racismo en el Ecuador

⁶. Entre las más importantes compilaciones en castellano, ver VARIOS, **Racismo, Ciencia y Pseudociencia**, UNESCO, Paris, 1984; MEAD, M. et al. **Ciencia y Concepto de Raza**, Ed. Fontanella, Barcelona, 1972.

⁷. Sobre la impresionante irradiación de este fenómeno a nivel mundial, ver las obras colectivas MEDICOS SIN FRONTERAS, **Poblaciones en Peligro 1995**, Acento Editorial, Madrid, 1995; e idem, **Escenarios de la Crisis**, Acento Editorial, Madrid, 1993. Sobre el caso europeo: JULLIARD, Jacques. **El Fascismo que viene**, Acento Editorial, Madrid, 1994; KAPLAN, Robert. **Fantasmas Balcánicos**, Acento Editorial, Madrid, 1995.

⁸. Ver MONTAÑEZ, Ligia. **El Racismo Oculto en una Sociedad No Racista**, Fondo Editorial, Tropykos, Caracas, 1993.

⁹. Ver HARRIS, Marvin. **Raza y Trabajo en América**, Ed. Siglo Veinte, Buenos Aires, 1973.

¹⁰. Ver CORNEVIN, Marianne. **Apartheid: Poder y Falsificación de la Historia**, UNESCO, Francia, 1980.

contemporáneo¹¹.

Ahora bien, retornando al fenómeno global, es fácil advertir que el rebrote racista a nivel mundial se halla ligado a uno de los procesos más fascinantes y paradójicos de la humanidad contemporánea: la globalización o mundialización de la economía y la simultánea proliferación de identidades socio-culturales en casi todo el orbe, en una intensidad tal que, no sin ironía, ha sido calificada por Lévi-Strauss como el "mal del siglo"¹². En ese sentido, no deja de ser sorprendente constatar que mientras más avanzada se encuentra la "mundialización de la cultura", más despiertan los sentimientos y lealtades primordiales de pueblos o sectores sociales antaño oprimidos o silenciados, animados justamente por principios o mecanismos detonados por el "oleaje tecnológico occidental"¹³. Lo lamentable, sin embargo, es que, lejos de haberse tornado todo ésto en un logro para la humanidad en términos de convivencia y respeto por lo diverso y múltiple, se haya convertido más bien en óbice para una nueva jornada de conflictos étnico-raciales que incluso ya han sido calificados como la antesala de la "tercera guerra mundial"¹⁴. En estas circunstancias, una pregunta es inevitable: ¿cuál es la causa por la que determinados marcos socio-políticos se disgregan en unidades socio-culturales menores y porqué ha cobrado tanto importancia el clivaje étnico-racial en algunos de estos procesos?

Las explicaciones iniciales son variadas y combinan múltiples elementos y enfoques. Para empezar, es muy generalizada la interpretación que, centrandose en la situación de los países

11. Ver SILVA, Erika. **Los Mitos de la Ecuatorianidad**, ABYA-YALA, Quito, 1992.

12. Ver "Prólogo", de LEVI-STRAUSS, Claude. en VARIOS. **La Identidad**, Ed. Petrel, Barcelona, 1981.

13. Ver TOFFLER, Alvin. **La Tercera Ola**, Plaza & Janes Editores, Barcelona, 1980.

14. Ver NEIRA, Hugo. "La Guerra de las Identidades", en VARIOS, **PERU: Identidad Nacional**, Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación, Lima, 1979.

industrializados, sitúa el rebrote del racismo en el plano de la economía. Según ésta perspectiva, éste no sería otra cosa que efecto local de la crisis económica internacional: el conjunto de medidas con que cada país responde a las políticas de ajuste del nuevo orden económico mundial, tales como la privatización de empresas estatales o el recorte del gasto público social, genera desempleo y menor acceso a servicios, lo que reduce las posibilidades de vida y confort para una amplia capa de su población. Ahora bien, ante la insuficiencia de paliativos a esta situación, según esta interpretación, serían los sectores más afectados (los "blancos pobres") de la sociedad civil los encargados de generar opciones "espontáneas" a la debacle de la atención estatal o el desmoronamiento de sus fuentes de trabajo y servicios. Entre ellas, se destacaría una que, no por ser de cariz simbólico, dejaría de tener un saldo en favor de sus practicantes: la sistemática **exclusión** del estrecho marco de beneficios a los competidores que carecen de "derechos ancestrales" sobre ellos, como es el caso de los "extranjeros" y las "minorías étnicas" asentadas en el país. De este modo, en tanto los rasgos físicos y ciertos signos culturales --tales como religión, lengua y hábitos cotidianos-- son los indicadores más obvios de la diferencia, su exacerbación a partir del mito de la **superioridad racial** o de la **pertenencia étnico-nacional** serían los mecanismos más exitosos para eliminar competidores o, al menos, liberar las tensiones emocionales provocadas por la situación socio-económica deficitaria¹⁵.

Lo anterior, caracterizado a menudo también como la teoría del "chivo expiatorio", remite a un enfoque también generalizado: aquel que postula al racismo como una operación ideológica encubridora. Según este punto de vista, la doctrina racista no sería otra cosa que la cuidadosa **naturalización justificadora** de las diferencias socio-económicas y culturales, implementada justamente por quienes han provocado tales diferencias y las mantienen volcadas en su

¹⁵. Ver WIEVIORKA, Michel. "Los Avatares del Odio", en Rev. Correo de la UNESCO, Francia, Marzo 1996.

favor¹⁶. Su mecánica consistiría en activar, a través del control de los aparatos ideológicos del Estado, un operativo conceptual tendiente a atribuir las desigualdades sociales, de clara factura histórica, a causas orgánicas o raciales, lo que a su vez facilitaría la explotación del estigmatizado, en beneficio de los intereses económicos y políticos de los mentalizadores u operadores de esta clasificación social. Así, aunque esta acción ha sido aplicada incluso en "connacionales" de segunda o tercera categoría --tales como los "obreros" o "campesinos"--, su uso ha sido frecuente en procesos de conquista militar y colonización de pueblos calificados como racialmente "inferiores" por sus vencedores.

La particularidad de esta formulación radica en que sirve no sólo como justificativo de situaciones internas y externas de explotación y opresión, sino que, además, instaura un parámetro interpretativo de relativo éxito para la doctrina racista universal. Este consiste en fusionar en un sólo acto y concepto lo biológico y lo cultural, a menudo con apoyo en tesis pseudocientíficas, que postulan la unidad **inextricable e interdependiente** de la "raza", la "mentalidad" y el "perfil cultural". Según esta apreciación, la diferencia cultural es expresión inmediata del polimorfismo racial y la superioridad o inferioridad de una sociedad frente a otra depende más del orden natural que de la hechura humana. No es difícil, entonces, distinguir aquí el fundamento más acabado de la doctrina racista contemporánea.

Pero, ubicados nuevamente en el contexto de los conflictos étnicos de las sociedades industrializadas, existe una apreciación que se concentra aún más en el transfondo cultural del fenómeno racista: lo inscribe en el "derrumbe" de las ideologías, que supuestamente acompaña a la liberación de los mercados y la flexibilización o desestabilización de los sistemas políticos contemporáneos. Esto estaría provocando una suerte de **incertidumbre y desorientación** en

¹⁶. Ver STOLCKE, Verena. "Sexo es a Género lo que Raza es a Etnicidad", en Rev. **Márgenes**, No. 9, Lima, 1992.

la sociedad civil, en tanto tales procesos no ofrecen a su población alternativas culturales claras. Ante ello, nada más explicable que el repliegue individual hacia las "lealtades primordiales" o los "sentimientos tribales", cuyos contornos y contenidos son extraídos de matrices simbólicas imbricadas en referentes étnico-raciales o pautas de agregación social absolutamente inéditas. Aquí cabrían tanto los rebrotes **nacionalistas** de base etnicista, como los que más bien se remiten a referentes novedosos, atomizados y dispersos, como es el caso de los denominados "tribalismos" de la sociedad "postmoderna"¹⁷. Así, la recurrencia a estos indicadores de pertenencia o identidad permitiría a estos grupos o "nuevos movimientos sociales" asumir posiciones favorables en su lucha frente a los "extraños", no sólo por un espacio o un empleo, sino por un "modo de vida", por más simple, enajenado o lúgubre que éste pudiere resultar.

Siguiendo a Wieviorka¹⁸, estos enfoques podrían, a su vez, ser remitidos a una matriz interpretativa que busca caracterizar en forma más analítica las variantes de racismo en las sociedades contemporáneas. Según este autor, existirían al menos dos tipos de fenómenos: el racismo "excluyente" o diferenciador y el racismo "dominador" o inegalitario. Cada uno de ellos posee una lógica distinta: para el primero no cabe otra actitud que la segregación e incluso el exterminio de los "extraños", en tanto que en el segundo subsiste la idea de adaptarlo en forma subordinada y funcional al interés del dominador. El desenlace racista en que incurre una sociedad, por lo tanto, dependería tanto del vigor de los valores y tradiciones que hacen prevalecer el índice racial en la lógica diferenciadora de la población, como de las condiciones históricas y objetivas que rodean la marcha socio-económica de una sociedad en conflicto.

La variación tipológica del racismo radicaría, en consecuencia, en

¹⁷. Ver MAFFESOLI, Michel. **El Tiempo de las Tribus**, ICARIA Editorial, Barcelona, 1990.

¹⁸. WIEVIORKA, Michel. **El Espacio del Racismo**, Ediciones PAIDOS, Barcelona, 1992. pp. 129 y ss.

el uso segregacionista o explotador de la noción de "raza", éstos es, dentro de la práctica discriminatoria en que incurre una sociedad. Pero, la exacerbación socio-política del rasgo físico, no es suficiente explicación de la incidencia del racismo. Al contrario, eso es justamente lo que habría que explicar. Y si como práctica no se distingue demasiado de otros actos discriminatorios, como discurso tiene una especificidad que no cabe desatender. Por ello, no queda otro camino que indagar las circunstancias de su surgimiento y el punto en el cual se sustenta su actual enunciamiento. Y es aquí donde ya surge una serie de interrogantes: si todas las sociedades humanas practican de alguna manera la distinción o segregación del "otro", ¿en qué momento brota como discurso específico, con las connotaciones y formas que aquí son calificadas de "racistas"? ¿Qué determinaciones sociales se hallan inscritas en su discursividad y cuáles son los poderes e instituciones sociales que se amparan en su tesis? ¿Por qué ciertas sociedades han elegido justamente tales rasgos para dirimir sus disputas internas y externas? ¿Qué tipo de subjetividades son construídas dentro de este juego de contradicciones? Y por último, ¿en qué circunstancias las prácticas derivadas desbordan lo humanamente deseable y asumen las modalidades deplorables que han ensombrecido al mundo?

Según esto, no es suficiente especificar que una sociedad, grupo o persona sean "racistas" por el hecho de que normen su conducta a partir de los rasgos físicos de las personas con que intractúan¹⁹. El asunto es averiguar por qué lo hacen y qué sentido tiene todo esto para sus prácticas sociales.

Lo que en primera instancia sorprende, es que pese a que pocos

¹⁹. De acuerdo con Wieviorka, el "espacio empírico" del racismo en las sociedades humanas se expresa en un *continuum* que va del "infraracismo" latente al racismo explícito e institucionalizado de Estado, pasando por formas intermedias clasificadas como racismo "fragmentado" y racismo asumido como "movimiento político". Las sociedades pueden estar experimentando el predominio de cualquiera de estas formas, pero igualmente pueden evolucionar o involucionar de una modalidad a otra. (1992: 101-104)

científicos se atreven a defender la existencia de "razas humanas"²⁰, la gente común continúa empleando ese término para clasificar grupos humanos y actuar de acuerdo con sus cánones. Como se ha visto, en este uso hay una intencionalidad política y un inevitable rescoldo ideológico que lo alienta en la cotidianidad. Pero, indudablemente, hay en esta situación algo especial que no termina de cuajar en el análisis y que sintomáticamente se resiste a los mismos embates de la cientificidad: ¿el racismo es tan sólo un problema de "enajenación" o "control" ideológico ejercido desde las élites o es más bien un asunto que involucra las fibras subjetivas de toda la humanidad? De ser así, entonces, ¿porqué su arraigo y dónde radica su renuencia a desaparecer de la escala de valores de las sociedades actuales?

Un principio de respuesta radica en una constatación sorprendente: la categoría "raza" se inserta en importantes líneas de reflexión del pensamiento político y filosófico occidental, lo que evidentemente ha incidido en el comportamiento social de los pueblos adscritos o involucrados en este "horizonte cultural". En ese sentido, este incómodo concepto forma parte nodal ni más ni menos que de las grandes polémicas surgidas en torno a lo humano: la definición de su propia naturaleza, la caracterización de su perfil como especie y su definición como entidad conciente de sí misma.

Así, en primer lugar, el concepto de raza está en los intentos de juntar aquello que la tradición occidental separó en demasía: naturaleza y cultura, razón y sentimiento, conciencia y subconciencia; pero, desde una posición que defiende a ultranza la sobredeterminación de lo biológico en el comportamiento humano. En segundo lugar, ha intervenido en la defensa de la "particularidad" frente a las pretensiones "universalizantes" del pensamiento moderno, pero, así mismo, con la dificultad de que al proclamar a una raza como epítome de la evolución humana, coarta al resto de las particularidades étnico-raciales en sus esfuerzos por continuar

²⁰. Ver RUFFIE, Jacques. **De la Biología a la Cultura**, Muchnik Editores, España, 1982.

por sus propios derroteros. Y por último, formando parte de la polémica desarrollada en torno a la identidad humana, se ha constituido en un indicador empírico privilegiado de la diferencia, lo que desafortunadamente, al tomar la parte por el todo, ha alterado la comprensión integral de esta entidad.

Entonces, como puede verse, el concepto contiene en sí mismo las contradicciones de la "civilización occidental", y de allí su carácter y ubicuidad conflictivos y ambiguos. Por ello no debería extrañar que, además de continuar provocando disturbios en la vida cotidiana, en realidad, se encuentre presente de manera **constitutiva** en la sociedades que participan de un modo u otro de los valores conocidos como "occidentales"²¹; y que, por añadidura, mantenga revueltas tanto a las doctrinas políticas como a las disciplinas científicas que han pretendido abordarlo.

Al respecto, y pese a la repulsa que pudiere provocar la práctica racista, su **corpus** doctrinario ha alcanzado un desarrollo notable. Para Todorov, la doctrina "racialista"²², ha llegado a acopiar un conjunto más o menos coherente de proposiciones, como fruto de una querrela desplegada en la civilización occidental desde el Iluminismo y que aún no ha sido saldada.

Primero, según este autor, esta doctrina acepta, con apoyo en tesis

²¹. Desde luego, existen otras expresiones de racismo no occidental, como es el insólito conflicto entre *hutus* y *tutsis* en Burundi (Africa), el que no envidiaría en nada a otras manifestaciones de genocidio racial. Sin embargo, lo que resta analizar es sobre el fundamento que los "actores" manejan acerca de estos horribles actos y lo que es más "doloroso", la verdadera responsabilidad del colonialismo y neocolonialismo en este desenlace. Ver MEDICOS SIN FRONTERAS. **Poblaciones en Peligro 1995**, Acento Editorial, Madrid, 1994.

²². Ver TODOROV, Tzvetan. **Nosotros y los Otros**, Ed. S. XXI, México, 1991. Según este autor, cabe diferenciar entre la simple "práctica racista" y el "racialismo". El primer término designa al comportamiento discriminatorio detonado por la apariencia física, en tanto que el segundo contempla la doctrina elaborada para justificar una hegemonía política y cultural.

supuestamente "científicas", la tácita existencia de "razas humanas". Segundo, establece la continuidad causal entre lo físico y lo moral. Tercero, defiende que el comportamiento del individuo depende ampliamente de las directrices psicológicas del grupo racial o cultural al que pertenece. Cuarto, coloca a las diferentes razas dentro de una escala única y jerarquizada de valores, con una de ellas a la cabeza. Y, por último, extrae de estas "evidencias científicas" un ideario político, susceptible de aplicación práctica, con el que busca preservar la "pureza racial" y asegurar ventajas a los que se adscriben a ella en forma inconfundible.

Todas las tesis arriba anotadas, como puede apreciarse, parecen ser fácilmente debatibles. No obstante, es todavía un asunto no saldado, sobre todo en atención a su sorprendente arraigo popular. La fuerza de sus argumentos radica en su recurrencia al **cientificismo** de corte positivista, pero al mismo tiempo reside en su notable recurrencia a la base afectiva y sentimental de las personas adscritas a un sistema categorial de grupos humanos clasificados como "razas". De este modo, se alimenta no sólo de los avances de la biología y la genética de poblaciones, de la Sociobiología y la Etiología²³, sino también de polémicas tesis integristas que, fusionando al unísono sentimientos, creencias y conocimientos, buscan recomponer la fragmentación del ser humano provocada por el racionalismo cartesiano.

Pero, quizá lo que más inquieta es el auge que indirectamente ha obtenido por causa del giro que actualmente están experimentando las ciencias sociales y, de forma particular, las disciplinas antropológicas.

Como es conocido, la Antropología Social y Cultural ha sido la encargada de debatir más frontalmente racismo en su práctica y teoría. Aunque en sus inicios decimonónicos esta ciencia basó su comprensión de la diversidad y evolución humanas justamente

²³. Ver SAHLINS, Marshall. *Uso y Abuso de la Biología*, Ed. S. XXI, España, 1982.

haciendo uso del concepto de "razas"²⁴, sus aportes contemporáneos, en realidad, han sido de importancia no sólo para discutir sus presupuestos, sino también para detener sus aplicaciones y consecuencias prácticas²⁵. Pero, si bien es explicable la estrategia antropológica de sustituir el término "raza" por el de "etnia" para frenar el mal uso del primero, es inquietante constatar que tal reemplazo ha neutralizado la posibilidad de entender fenómenos antaño adjudicados a las "razas", como son los asuntos relacionados con la dimensión biológica del ser humano²⁶.

En efecto, este notable vacío de la Antropología Social y Cultural ha facilitado la reentrada del racismo pseudocientífico por resquicios abiertos por la Psicología, la Sociobiología, e incluso por la Historia a través del llamado "revisionismo histórico"²⁷. De este modo, ante la vista y paciencia de los expertos en "etnicidad", estas disciplinas no han tenido problema en intercalar criterios dudosos en la comprensión de los problemas relacionados

²⁴. Ver STOCKING, George. **Race, Culture and Evolution**, The University of Chicago Press, USA, 1982.

²⁵. Ver BOAS, Franz. **Cuestiones Fundamentales de Antropología Cultural**, Solar/Hachette, Argentina, 1964.

²⁶. Es común leer en los manuales la siguiente definición de Etnografía (disciplina base de la Antropología): "*ciencia que estudia, describe y clasifica las razas y pueblos*" (INFANTE, J. y CONTRERAS, S. 1995: 4). Este desplazamiento, según Wieviorka, es una impostura ambigua, ya que "*el concepto utilitario de 'etnia', si bien nos permite prescindir del término 'raza', en realidad deja un espacio más o menos amplio para los factores físicos, que se combinarían con rasgos culturales para caracterizar a los llamados grupos 'étnicos'*" (1992: 91).

²⁷. Aspectos importantes de esta reentrada son los siguientes principios o postulados: la inteligencia hereditaria, la determinación de los genes sobre el comportamiento cultural y el cuestionamiento a la objetividad del análisis histórico, social y antropológico. Con ello prácticamente se puede justificar todos los atropellos que actualmente se efectúa en contra de los "migrantes" y "minorías" de determinados países. Ver STAVENHAGEN, Rodolfo. "Antropología y Racismo: un Debate Inconcluso", en *Rev. Antropológicas*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, Octubre, 1992.

con las migraciones internacionales o la presencia de minorías étnicas al interior de las actuales naciones. La polémica sobre la inteligencia humana es un buen ejemplo al respecto: ante la disyuntiva entre la naturaleza hereditaria o social de la capacidad mental, la respuesta antropológica se estanca ya sea en el racionalismo más radical o en el hiper-relativismo cultural, sin aportar una comprensión cabal de esta encendida reentrada del fenómeno étnico-racial, con toda su carga afectiva y emocional.

Esta concesión defectuosa al antiracismo, en realidad, ha provocado que la mayoría de estudios antropológicos y sociológicos siga considerando al racismo como un problema de la "falsa conciencia" o, a lo sumo, como "dato" externo positivo que de alguna manera hay que explicar, sobre todo para aliviar su intervención perturbante en las sociedades contemporáneas. De allí que los trabajos sobre el racismo se hayan concentrado más en develar sus contenidos ideológicos y la forma en que su discurso seduce a las "masas" que en su estatuto teórico como ingrediente de la realidad. Como se verá luego, el llamado racialismo, equivocado o no, al ser un conjunto articulado de proposiciones, constituye de por sí un **saber** que, ligado a poderes reales, incide en la constitución de la realidad social en que se inscribe, tanto por su supuesta fundamentación en la ciencia, como por la carga de significados y emociones que es capaz de movilizar.

Esta situación coloca a la teoría social en una seria disyuntiva: ¿es que se debe seguir interpelando al racismo como una "anomalía" repugnante, a la que bastaría combatir desde un discurso normativo apoyado por determinados postulados "científicos"? O, por el contrario, ¿es pertinente mantener la sospecha de que es la propia sociedad la que la hace posible y que su discusión deba ubicarse más bien en otro plano? Esta última observación, al parecer, es la más adecuada y lleva de inmediato a situar el análisis en la articulación misma de la **práctica** con el **discurso racista** y preguntarse no tanto por las verdades o errores que éste aporta u omite, sino por las condiciones y el sentido mismo de su existencia

dentro de las prácticas sociales²⁸.

Ahora bien, todas estas explicaciones conllevan elementos en común que bien vale la pena recapitular para ejercitar una conceptualización preliminar del racismo.

Primero, el "racismo", como discurso²⁹, es una elaboración ideológica excluyente que mantiene su núcleo en la supuesta superioridad biológica y cultural de una determinada "raza". Segundo, como tal, incide poderosamente en la construcción de la subjetividad individual y colectiva de una población, proporcionando ante todo conceptos que propician la intolerancia entre grupos que exhiben diferencias físicas. Tercero, como doctrina de exclusión social, no sólo empuja un sistema clasificatorio que organiza y jararquiza a los grupos humanos desde una escala etnocéntrica, sino que además involucra un conjunto de "técnicas" emotivas e inconscientes que tienen por fin negar el acceso a determinados ámbitos, bienes o servicios a aquellos que son percibidos y sentidos como racialmente diferentes. Y, por último, se inscribe en un "horizonte cultural" contradictorio, que no es otra cosa que el propio fundamento civilizatorio de "occidente": un "universalismo" de doble intencionalidad que, por un lado, propone al mundo la imitación del modelo europeo como solución a los problemas de la desigualdad y diversidad del género humano, pero que, por otro, clausura tal posibilidad al defender a rajatabla un sistema real que se sustenta precisamente en la desigualdad y exclusión³⁰.

²⁸. Para una construcción similar de "discursos" históricos, ver BONILLA, Adrián. **En Busca del Pueblo Perdido**, FLACSO/ABYAYALA, Quito, 1991.

²⁹. Aunque estemos de acuerdo con Todorov en cuanto a la categoría "racialismo", para continuar con una línea argumental más asequible, aquí se mantiene el uso de "racismo" para definir también al cuerpo doctrinario. Cuando sea necesario establecer la distinción entre teoría y práctica racistas, se efectuará la aclaración indispensable.

³⁰. Ver AMIN, Samir. **El Eurocentrismo. Crítica de una Ideología**, Siglo XXI Editores, México, 1989.

El racismo, entonces, no sólo construye subjetividades e identidades sociales, sino que también interviene activamente en el despliegue de procesos socio-económicos y políticos, de donde a su vez provienen los contenidos concretos de su *corpus* discursivo.

Como puede verse, el grado de conflictividad y ambivalencia del racismo es muy alto y atraviesa diferentes planos, llegando incluso a inmiscuirse tanto en los planos y lineamientos constitutivos más importantes de la sociedad moderna, como en lo más recóndito de la subjetividad de cada uno de sus miembros. Pero, ¿por qué y en qué condiciones llega a los excesos tan execrables que repugnan a la conciencia y la sensibilidad de cualquier persona "civilizada"? Y, lo que es más asombroso aún: ¿por qué sigue tan vigente y campante, pese a lo que su nefasto desate ha significado para la humanidad, sobre todo para los sectores que más han sufrido sus consecuencias?

Al parecer, una clave para entender todo esto reside justamente en los contenidos altamente ambiguos y explosivos de la categoría "raza". Pero también es importante interesarse por el espacio y temporalidad en que se sitúan el discurso y la práctica racistas, por las relaciones sociales que simultáneamente evocan e impactan, por la matriz simbólica en que se inscriben y por las formas concretas que adoptan. Por lo tanto, no importaría tanto el discutir si su cuerpo argumental y comportamientos derivados se encuentran o no reñidos con la ciencia, la moral y el derecho. Importaría más bien indagar por su *status* como elemento constitutivo de la realidad social en que se desenvuelve.

Esto sitúa al racismo en la problemática del poder, es decir, en el sustrato mismo de las confrontaciones y la construcción de las instituciones humanas, donde sin lugar a dudas ha tenido considerable participación³¹. Sólo esta perspectiva nos permitiría caminar sobre seguro en lo que concierne a su presencia y

³¹. Ver FOUCAULT, Michel. *Genealogía del Racismo*, Ed. Altamira, Argentina, s/f.

continuidad en la sociedad contemporánea. Y sólo desde esta óptica se podría también incluir una discusión sobre el fundamento biológico sobre el que se sustenta.

Pero, antes de continuar en esta perspectiva, conviene precisar más lo que es la sustancia de este discurso: el problema de la "raza" y su secuela más importante, el "racismo".

II. RAZAS HUMANAS Y RACISMO

Como ya se había indicado, lo llamativo del racismo es tanto su inquietante presencia mundial como su inaudito arraigo en la vida cotidiana. Al respecto, se puede adelantar una explicación bastante plausible: es un fenómeno muy generalizado en tanto se inscribe en el orden de las operaciones más básicas de la subjetividad humana, ésto es, en todo aquello que implique aprehender y clasificar el *continuum* de su existencia objetiva mediante principios básicos de pensamiento³², percepción y sentimiento³³. Con ello, a la par de aprehender y conocer, el ser humano se asume como ser conciente y afectuoso de sí mismo y del sitio que ocupa en el entorno, como

³². El ser humano ha sido caracterizado como "animal clasificador". Tal cualidad radica en la capacidad de su mente: ésta contiene facultades innatas que le permiten efectuar dos operaciones fundamentales simultáneas: la "función lógica" (hallar causas y la concatenación de los hechos percibidos) y la "función analógica" (establecer comparaciones y símiles entre los mismos). Allí radicaría lo extraordinario de su subjetividad y, especialmente, su capacidad para producir algo que, en principio, no se encuentra en otras especies: la producción simbólica. Ver GODELIER, Maurice. **Economía, Fetichismo y Religión en las Sociedades Primitivas**, Siglo XXI Editores, México, 1974.

³³. La Psicología Social se ha encargado de relieves fenómenos de importancia al respecto. La "sobreestimación perceptiva", por ejemplo, ayuda a comprender los mecanismos psicológicos con que se procesa la diferencia en el entorno: cuando hay monotonía en el escenario, la única forma de encontrar **sentido** es sobre-estimando determinados rasgos, sobre los cuales se puede desplegar además una carga afectiva emocional y así hallar orientación. Ver TAJFEL, Henri. **Grupos Humanos y Categorías Sociales**, Herder, Barcelona, 1984.

entidad específica, única y diferente, lo que a su vez, implica sentir y reconocer las "alteridades" que se le contraponen o complementan³⁴.

En este sentido, homologando lo anterior al plano de lo social, todo grupo humano está capacitado para diferenciarse como una entidad específica dentro de su entorno físico y social, aspecto que es constituido a partir de su particular posicionamiento dentro de la vida material y su marco específico de valores, tradiciones y sensibilidades. En esta perspectiva, el racismo también es una forma de establecer la diferencia entre grupos humanos, por lo que puede ser considerado también como un problema de identidad y alteridad.

Ahora bien, como fenómeno identitario, el racismo forma parte de una problemática más amplia y antigua: el (mal)trato y (des)valorización con que todo grupo referencial enfrenta al (o los) física o culturalmente diferente(s). La extraordinaria diversidad socio-cultural de la humanidad ha propiciado que cada grupo valore y clasifique al diferente a partir de una escala que coloca a lo propio como lo "normal" y al resto circundante como una corrupción, alteración o disonancia de lo habitual; y es a partir de este eje que los miembros de una agrupación despliegan hacia los "foráneos" actitudes congruentes con tal estimación.

Este comportamiento social, calificado por la Antropología como "etnocentrismo", es en realidad bastante extendido en la humanidad y prácticamente no existe grupo humano que, en situación de contraste socio-cultural, no recurra a tal modelo de percepción y comportamiento frente al "otro"³⁵. Sin embargo, el problema cambia

³⁴. Esto es lo que, en la perspectiva más general, ha sido definido como "proceso identitario", sobre el cual volveremos más adelante para señalar su pertinencia en la construcción conceptual de las "razas humanas". Ver PUJADAS, Joan Josep. **Etnicidad. Identidad Cultural de los Pueblos**, Endema, Madrid, 1993.

³⁵. Ver PERROT, D. y PREISWERK, R. **Etnocentrismo e Historia**, Ed. Nueva Imagen, México, 1979.

de cariz cuando la percepción de la diferencia se convierte en intolerancia irracional al "extraño", y peor aún cuando se intenta exterminarlo por ser portador de signos connotados como repugnantes o nocivos. Los elementos destacados pueden ser de diferente índole. De hecho, los motivos de la intolerancia pueden ser tanto la fe religiosa o la militancia política, como la adscripción nacionalista, la pertenencia de clase o afiliación gremial, e incluso, los clivajes de edad y género. Y es dentro de este agudo contraste donde irrumpe con toda su gravedad el relieveamiento del rasgo racial y su derivación racista, que no es otra cosa que el desprecio al "prójimo" a partir de su fisonomía externa y los valores arbitrariamente atribuidos a estas formas.

El asunto, en consecuencia, se reduce a explicar las condiciones históricas y sociales de emergencia y composición del racismo, así como el sentido y perspectivas que éste tiene para una determinada sociedad. Pero, para el efecto, es necesario detenerse previamente en la caracterización de la cuestión de fondo que lo hace posible, es decir, en el problema de la existencia o no de las "razas humanas".

2.1. LAS "RAZAS HUMANAS"

Pese a su uso tan antiguo y generalizado³⁶, el término "raza" es cada vez más cuestionado en cuanto a su utilidad para clasificar a los seres humanos. Dentro de la ciencia biológica, fue forjada como categoría taxonómica por Linneo (1738) para establecer las variedades intraespecíficas de plantas y animales según sus características morfológicas y hereditarias. Por sus virtudes

³⁶. El término "raza" es de data antigua dentro de las lenguas latinas. Como ocurre con todo vocablo socialmente viable, su contenido conceptual ha variado notablemente entre un período y otro, así como entre una y otra sociedad. El itinerario semiótico y práctico de esta palabra, en consecuencia, es de una varsatilidad impresionante, que bien podría dar pie a un estudio particular al respecto. Ver FOUCAULT, Michel. **Genealogía del Racismo**, Ed. Altamira, Argentina, s/f.

clasificatorias y pese a sus defectos³⁷, estas nociones pronto fueron extendidas hacia la diversidad biológica humana. De este modo, el propio Linneo elaboró la primera clasificación racial del *homo sapiens*, a la que subdividió en seis "razas": americana, europea, asiática, africana, salvaje y monstruosa. Como puede verse, ya en esta primera taxonomía "científica" de las razas humanas, se hallan completamente mezclados y confusos los criterios clasificatorios, restandose su credibilidad: aunque aquí se prestara mayor atención a los indicadores morfológicos para definir subgrupos, éstos se hallan combinados arbitrariamente con elementos comportamentales y geográficos, a lo que se agrega un clivaje absolutamente inconsistente y oscuro, como aquel que permite "descubrir" en el género humano la existencia de seres "salvajes" y "monstruosos", biológicamente hablando³⁸. En todo caso, a partir de esta contribución, ha sido mas o menos generalizado el dividir a la humanidad en "amarillos", "negros", "blancos" y alguna que otra categoría más donde colocar lo inclasificable, sin que este esquema varíe sustancialmente con el paso del tiempo y el enriquecimiento del conocimiento científico³⁹.

Al parecer, los usuarios de estas categorías no toman en cuenta ni siquiera algo tan básico como son los descubrimientos mendelianos. A partir de sus experimentos, la ciencia conoce ampliamente que la

³⁷. *"En esta sucesión de categorías las fronteras son a menudo imprecisas o arbitrarias, salvo para las especies. Un criterio objetivo permite, en efecto, determinar la pertenencia a una misma especie. Se trata de la interfecundidad: los individuos pertenecen a una misma especie cuando son capaces de procrear y obtener una progenitura fecunda"*. JACQUARD, Albert. *¿Qué dice la Ciencia?*, en Rev. Correo de la UNESCO, Francia, Marzo, 1996, pág. 22.

³⁸. Ver CALLIRGOS, Juan Carlos. *El Racismo. La Cuestión del Otro (y de Uno)*, DESCO, Lima, 1993, p. 26.

³⁹. Actualmente se menciona como troncos raciales fundamentales a los "mongoloides", "negroides", "caucasoides" y "australoides". Pero, ante la evidente mezcla que actualmente experimenta la humanidad, esta clasificación es materialmente imposible de sostener. Ver ESTEVA FABREGAT, Claudio. *Razas Humanas y Racismo*, GT SALVAT, España, 1973.

aparición física (el "fenotipo") no es más que manifestación de factores ocultos en los genes (el "genotipo"). Lo que se hereda, en consecuencia, no es tanto el aspecto físico, sino un *stock* genético que, si bien es la base del desarrollo orgánico del individuo, no constituye el marcador inmediato de uno u otro rasgo físico o un conjunto fijo de caracteres que pueda ser clasificado como "raza". Dicho *pool* genético, por lo demás, perfectamente puede ser compartido por varios grupos clasificados por su apariencia externa como "razas" diferentes⁴⁰.

Por eso es que, incluso en el reino animal, especies muy similares en su forma (un caballo y una cebra, por ejemplo), pueden contener distancias genéticas insalvables, así como especies bastante polimórficas pueden contener casi el mismo *pool* genético, como ocurre con la especie canina. Pero, en cualquier caso, ¿porqué se sigue insistiendo en la agrupación intraespecífica de "razas" y, más aún, para el caso de los humanos? Avancemos hacia allá:

Para que existan entidades morfológicamente delimitadas y discretas, es necesario cumplir con dos condiciones: el aislamiento sexual y la conformación de un *stock* genético distinto. Para la especie humana, "el aislamiento genético total es bastante excepcional" (Ruffié, 1982: 295). Lo que ocurre es más bien el flujo constante de genes entre "razas" distintas, volviéndose imposible la supervivencia de un tipo puro. Por eso, si se sigue insistiendo en el concepto de raza en términos biológicos habría que pensarla más como un concepto estadístico que como una expresión tipológica: sería más una unidad poblacional que posee una frecuencia mayor de determinados genes que un determinado "tronco racial" objetivado y fijo. En todo caso, no está por demás insistir que la distribución génica entre tipos polares es realmente inconmensurable: forman un *continuum* inabarcable, con el agravante de que incluso es muy difícil y arbitrario fijar las características de tales polos "originarios" o "puros". Por lo

⁴⁰. Ver JACQUARD, Albert. "¿Qué dice la Ciencia?", en Rev. Correo de la UNESCO, Francia, Marzo, 1996.

demás, estas clasificaciones, en el fondo, descansan más en el relievamiento de los caracteres adquiridos que en los hereditarios, lo que volatiza la posibilidad de fijar a los tipos humanos a través de rasgos que sólo supuestamente son hereditarios⁴¹ y que en gran medida pueden estar incluso sometidos a procesos insospechados de selección cultural⁴².

En todo caso, en las situaciones en que se diera efectivamente el aislamiento sexual, ya sea por razones fortuitas o forzadas, desde luego que se podría propiciar la conformación de plexos genéticos distintos e instaurarse una "raza" característica. Este proceso, conocido como "raciación", se daría en tanto se produjera una efectiva divergencia y diversificación del *pool* genético de los grupos aislados, ya sea por **deriva**, por selección **natural** o incluso por intervención humana. Estos procesos, desde luego, se han dado en determinadas especies animales por razones fortuitas o en situaciones experimentales de laboratorio⁴³ y en el transcurso de

⁴¹. Al respecto, se ha demostrado que muchos de los rasgos supuestamente heredados, no eran otra cosa que aspectos desarrollados por y durante el proceso adaptativo de un organismo a su entorno específico. Ver HARRIS, Marvin. **Nuestra Especie**, Alianza Editorial, Madrid, 1995, pp. 115 y ss.

⁴². Es conocido que el color de la piel tiene connotación adaptativa: la *melanina*, responsable directa de su "color", es la encargada de protegerla de la irradiación ultravioleta y ello explica su mayor presencia en poblaciones demasiado expuestas a la luz solar. Sin embargo, "*la selección natural en favor de la pigmentación diferencial pudo intensificarse por una especie de 'resonancia cultural'*. Si se estableció culturalmente una preferencia por el color más oscuro o más claro de la piel, esta influiría en una reproducción y supervivencia diferenciales en contextos como el infanticidio, la enfermedad, el apareamiento y la guerra que nada tienen que ver con la radiación solar". Ver HARRIS, Marvin. **Introducción a la Antropología General**, Alianza Universidad, Madrid, 1981, p. 120.

⁴³. El "mejoramiento de razas" aplicado artificialmente en determinadas especies animales, por ejemplo, puede lograr el relievamiento inusual de determinado rasgo, como la velocidad de un caballo o la abundante carne de un vacuno, pero en desmedro de su potencial biológico. Esta es una auténtica limitación de la naturaleza impuesta a los eventuales excesos

unas cuantas generaciones, dos poblaciones inicialmente idénticas, pero sexualmente aisladas, podrían efectivamente haber asumido un perfil genético distinto al de su origen común; claro está, en la medida de que a su interior se hubiera decantado sea por azar, por razones adaptativas o en circunstancias manipuladas, el predominio de determinados genes. Potencialmente, estos grupos separados podrían alcanzar el estadio de razas autónomas --en tanto de que se mantuviera su interfecundidad-- o constituirse incluso en especies nuevas --si la divergencia génica involucrara el dislocamiento de la interfecundidad. Pero, ¿es ésto posible en situaciones humanas "normales", donde por otro lado, interviene la capacidad de crear cultura, un elemento particularmente ausente en las especies animales?

En realidad, el aislamiento geográfico total es muy difícil de conseguir en los seres humanos. Esto ha llevado a que esta especie se reparta por el globo de una manera extraordinaria y diversificada, sin perder su interconexión. En ese sentido, por su extrema movilidad, es prácticamente imposible determinar un tipo racial puro y peor fijar límites a los grupos intermedios o mixtos.

Desde luego, existen concentraciones demográficas que expresan rasgos externos más o menos identificables; pero las categorías discretas raciales son demasiado rígidas como para aprehenderlas. Por eso, es adecuado comprender la distribución poblacional de la humanidad más en términos de "zonas de caracterización" que en "razas"⁴⁴. En efecto, ante el constante flujo de poblaciones humanas, es materialmente imposible determinar razas primarias u originarias, como se ha postulado por lo general. Luego de establecerse en un determinado punto y entrecruzarse, un grupo humano fija su respectiva "zona de caracterización", donde se seleccionan tanto de manera natural como cultural determinados

de la ciencia. Ver Jacquard, op. cit.

⁴⁴. Ver BENEDICT, Ruth. **Raza: Ciencia y Política**, FCE, México, 1987, pp. 55 y ss.

rasgos, convergencia que, por cierto, puede ser base para una nueva expansión del grupo consolidado y la relocalización de su descendencia en nuevas zonas para reemprender el ciclo. En consecuencia, según Huxley, con una breve concesión a la teoría poligenética, habría que referir a las generaciones actuales más a una "multiplicidad ancestral" que a "razas primarias" puras, y peor aún a una sola pareja originaria. En ese sentido, si el "sustrato génico" no coincide con los estereotipos raciales clásicos o populares, ¿qué puede garantizar que los ancestros "europeos", "africanos" o "asiáticos" se hayan originado en remotos troncos raciales puros? ¿No es más plausible su inevitable entrecruzamiento y fijación actual en poblaciones polimórficas forjadas en procesos adaptativos y condicionamientos culturales que poco preservan caracteres de un supuesto acervo ancestral?

En todo caso, la extrema movilidad, ubicuidad y generalización de la especie humana ha impedido toda forma de aislamiento sexual u especialización adaptativa, preservandose la unidad estructural de la especie humana. Los procesos de "raciación" definitivamente han sido desbordados y más bien se observa una tendencia muy fuerte hacia el "mestizaje" o misceginación. Actualmente, el rango de variabilidad génica y morfológica es tan amplio que es inútil insistir en las categorizaciones raciales obsoletas de antaño⁴⁵. Por lo demás, como ya se había indicado, como complemento a su "desespecialización" (Mayr), el ser humano puede recurrir a la cultura, que en otros términos significa una forma de "evitar la especialización orgánica", verdadero límite para la evolución de otras especies animales (Ruffié, 1982: 319). Definitivamente, la

⁴⁵. La homogeneización de nuestros patrimonios genéticos es realmente revelador: "*La diversidad genética total de nuestra especie se explica sólo en 7 a 8% por las distancias entre las cuatro grandes 'razas' clásicas, en 7 a 8% por las distancias entre naciones dentro de esas razas, y en un 85% por las distancias entre grupos pertenecientes a una misma nación. Lo que equivale a decir que las diferencias esenciales se sitúan dentro de los grupos y no entre ellos. Por consiguiente, la noción de raza tiene tan poco contenido que la palabra misma carece de significado y debería ser eliminada de nuestro vocabulario*". JACQUARD, Albert. "¿Qué dice la Ciencia?", en Rev. Correo de la UNESCO, Francia, Marzo, 1996, p. 22.

"desraciación" es un hecho y, a nivel biológico, la humanidad observa más bien el avance de un proceso inverso: "*las fuerzas de la homogeneización superan a las fuerzas de la diferenciación*" (Ruffié, 1982: 322). Y, a nivel socio-cultural, las agrupaciones y sus procesos constitutivos dependen más de la cultura que de la mera selección natural⁴⁶.

En consecuencia, dentro de este hilo argumental, no se trataría, tanto de negar la diversidad morfológica de la humanidad, sino de explicarla y fijar sus alcances. Si es necesario mantenerse en el nivel de discusión biológica, más que hablar de "razas", se debería adoptar el concepto de "poblaciones", las que mantienen frecuencias génicas diferentes desarrolladas precisamente en su deriva adaptativa y diversificación cultural. En ese sentido, no se podría asociar rasgos morfológicos con determinación genética y, peor aún, atribuir a esto factores los comportamientos sociales o culturales de un grupo humano.

De este modo, varias conclusiones se podría ya adelantar al respecto:

En primer lugar, no cabe duda de que la clasificación por "razas" es muy estrecha como para aprehender la diversidad y densidad de la existencia humana; por eso, "*en el hombre, la raza es más un mito social que un fenómeno biológico*" (Ruffié, 1982: 324). En tanto las frecuencias génicas constituyen un sustrato que, más que dividir, articula a grupos antaño percibidos como racialmente diferentes, la variabilidad biológica del ser humano debe ser agrupada más en "poblaciones" que en las clásicas "razas".

En segundo lugar, las diferencias morfológicas detectadas, en principio, no sobredeterminan la actividad socio-cultural ni expresan la mayor o menor capacidad para ejercer facultades humanas universales. Tales diferencias pueden entenderse máximo como

⁴⁶. Ver LEVI-STRAUSS, Claude. *Antropología Estructural II*, Siglo XXI Editores, México, 1979, pp. 304 y ss.

predisposiciones orgánicas que permiten responder en forma análoga a las constricciones del medio, y no como una determinante inexorable de lo biológico sobre lo socio-cultural.

Esto explica, entonces, que luego de la intensa polémica aquí reseñada, la Antropología contemporánea y la mayoría de biólogos modernos hayan optado mas bien por desechar tal concepto en su aplicación a la especie humana⁴⁷. La razón es completamente válida: "raza" es una categoría clasificatoria que sirve para delimitar subgrupos de una especie biológica sólo a través de indicadores morfológicos; por lo tanto, no es suficiente para medir la inconmensurable variabilidad e intensidad de la experiencia de la especie humana. En ésta, las típicas "razas", además de ser difusas y de dudosa confirmación científica⁴⁸, no son específicamente relevantes: toda agrupación humana, más allá de su constitución biológica hereditaria, tiene por igual la capacidad para reproducirse, adaptarse a su medio y desarrollar un sistema socio-cultural solvente para mantener la continuidad de su grupo y de la especie. Así mismo, la imposibilidad o debilidad de un determinado grupo para responder eficazmente a sus retos vitales, se debe más a la anteposición de desastres naturales y/u obstáculos históricos y sociales que a defectos en su *stock* genético, y peor aún a sus características morfológicas más superficiales.

La "raza", sin embargo, continúa vigente con un cúmulo de resonancias que cubren tanto el apego afectivo e incluso inconciente a determinados rasgos físicos a la asimilación de pautas estéticas, principios morales y modelos metafísicos y mítico-religiosos sobre su origen y constitución. Allí radica precisamente su gravedad como pauta de interacción social. Como ya se dijo, aunque científicamente hablando no existieran las razas, su objetivación, intencionada o no, sí es una realidad. De allí que

⁴⁷. Ver RUFFIE, Jacques. *De la Biología a la Cultura*, Mucnick Editores, España, 1982.

⁴⁸. Ver MEAD, M. et. al. *Ciencia y Concepto de Raza*, Editorial Fontanella, Barcelona, 1972.

descartar la discusión únicamente por suponer que su punto de partida es irreal, no es una estrategia adecuada. Conviene en consecuencia arribar a la discusión de su efecto más llamativo: el racismo y sus consecuencias.

2.2 LA PRACTICA Y DOCTRINA RACISTAS

Visto así, ¿cómo es entonces que una categoría tan sospechosa e inconsistente (la raza) haya dado origen a un fenómeno tan contundente y real (el racismo)? No cabe duda de que aquí se cumple el famoso aforismo del sociólogo W.I. Thomas: "*si los hombres definen las situaciones como reales, serán reales por sus consecuencias*". Hay sistemas sociales a los que les ha convenido la existencia de "razas" y, en esa perspectiva, han generado comportamientos bajo ese supuesto sin detenerse en demasía sobre la cientificidad de su punto de partida. Para varios autores⁴⁹, este reconocimiento de las "razas" tanto a nivel conceptual como en las prácticas sociales no es otra cosa que una estrategia clasificatoria inherente a sociedades culturalmente heterogéneas, donde impera la dominación o discriminación de un grupo hegemónico sobre otro(s). En esta perspectiva, no tendría tanta importancia el indagar sobre la evidencia empírica de su existencia sino tan sólo su incidencia como "*parte de las relaciones sociales de desigualdad*" (Balton, cit. por Callirgós, 1993: 33). Entonces, si bien es cuestionable la presencia "objetiva" de razas humanas en una sociedad, no hay duda en cambio sobre las **consecuencias sociales y políticas** que su uso ha desencadenado. En este sentido, cabe reconocer que la fuerza del racismo radica justamente en hacer creer "científicamente" que existen razas y simultáneamente detonar las fibras subjetivas más insospechadas en los seres que aceptan este aserto.

Es obvio entonces que la **creencia** en las "razas humanas" ha

⁴⁹. Ver CALLIRGOS, Juan Carlos. **El Racismo. La Cuestión del Otro (y de Uno)**, DESCO, Lima, 1993, p. 33.

producido efectos performativos al propiciar que ciertas sociedades separen y distingan grupos bajo ese criterio, reificación que es presentada por sus propulsores como una prueba *a posteriori* de su existencia. De este modo, todo hace pensar que efectivamente existen "razas humanas" y que es a este nivel "natural" donde se debería localizar y explicar la problemática de la diferencia humana. Sin embargo, el problema no es tanto el que se hayan creado y reforzado estas categorías, sino el que esta objetivación rebase el plano de la biología y se establezca una conclusión que, para Blas de Guerrero, es nefasta para la humanidad: "*que las diferencias físicas arrastran diferencias culturales y que el comportamiento del individuo depende en medida sustancial del grupo racial al que pertenece*"⁵⁰.

Sobre el uso y abuso de lo biológico en la construcción de las relaciones sociales, cabe hacer una precisión. Es muy generalizada la idea de que el "racismo" se daría siempre que existiera cualquier tipo de discriminación, se fundamente o no en la apariencia física. Pero, esta tesis, que podríamos denominarla como "maximalista", diluye la especificidad del fenómeno: por un lado, el discrimen ejercido contra las mujeres, contra los menores o con los ancianos, tendría que ser conceptualizado como un tipo de racismo. Por otro, cualquier desprecio centrado en determinadas creencias, costumbres e ideologías, también tendría que ser tomado de igual modo, aspecto que incluso podría hacerse extensivo a otras épocas, en las que evidentemente se han dado también discriminaciones de diferente índole. Huelga insistir sobre las dificultades y confusiones que provoca esta perspectiva de análisis tan inconsistente, la que, sin embargo, impera en la opinión común⁵¹.

⁵⁰. BLAS GUERRERO, Andrés de. **Nacionalismos y Naciones en Europa**, Alianza Editorial, Madrid, 1995. pág. 118.

⁵¹. El problema clásico del "antisemitismo", por ejemplo, frecuentemente hace eco de esta confusión. En esta forma de discriminación, ¿qué es lo que prima? ¿La religión, la raza o la nacionalidad? Para un esclarecimiento al respecto, ver LEWIS, Bernard. **Semitismo y Antisemitismo**, Editorial Diana, México, 1991.

Afortunadamente, como contra argumentación, existe una tesis "minimalista" que ayuda a ubicar mejor el problema. Para ésta, el racismo tendría tanto un punto de partida como una localización espacial y temporal precisa y demostrable. Para este enfoque, el racismo es un producto neto de la "modernidad". Aparece en la conjunción decimonónica de la expansión colonial europea y la irrupción de la cientificidad aupada en las disciplinas "duras", justamente como una justificación de la hegemonía europea a través de la idea de la "supremacía blanca" a nivel mundial.

En efecto, tal como ya se había indicado antes, el argumento racista es uno de los constructos teóricos más elaborados y persistentes de la Europa moderna y colonialista. Las raíces de esta doctrina emergen del contexto de la Ilustración y se expande con el darwinismo social del siglo XIX hasta nuestros días. De este modo, además de fijar en la biología la explicación del gradiente de la racionalidad humana, explica y justifica la preeminencia económica, política y cultural europea como expresión de la "supervivencia del más fuerte" o del "genéticamente superior".

El racismo, en consecuencia, aparece como una ideología contemporánea creada por y para las potencias mundiales, ávidas precisamente de argumentos "científicos" para justificar la desigualdad social en que ha caído la humanidad gracias a su intervención, y la biología le ha proporcionado un ropaje conceptual "moderno" para campeonar en un mundo cada vez más racionalizado, interconectado y secularizado. Según esta retórica, la desigualdad socio-cultural entre grupos no sería ni histórica ni social ni divinamente generada, sino más bien efecto de diferencias orgánicas hereditarias. Son los seres racialmente inferiores, en suma, los responsables de su propia desgracia. Y bajo esta premisa, los defensores de la superioridad innata no han cesado de aprovechar supuestos "avances de la ciencia" para demostrar "experimentalmente" la causalidad genética de ciertos aspectos socio-culturales, tales como la supremacía socio-económica y cultural de determinado grupo o el retraso de sus oponentes o

subordinados⁵².

Así, e racismo encierra un fenómeno doble: por un lado, como **práctica**, simplifica y radicaliza la exclusión o distanciamiento del diferente tan sólo por su apariencia física y, por otro, como **doctrina**, explica dicho comportamiento como algo "natural", como un derecho inobjetable del biológicamente superior.

De este modo, el racismo es una hábil operación conceptual y práctica tendiente a **naturalizar la diferencia y la desigualdad socio-culturales**, dejando libres de responsabilidad a los grupos humanos responsables de tal situación. La causalidad histórica del dominio de un pueblo o una clase social sobre un "resto" que se le diferencia y subordina, es omitida en favor de una incuestionable razón superior: la fuerza de "natura", la única que "da y quita" poder a los seres humanos. Así, si alguien es "pobre" o "indigente", lo es porque está marcado por sus genes y sus manifestaciones fenotípicas. El color oscuro de la piel, la contextura gruesa y rizada del pelo o la longitud de sus extremidades, por ejemplo, serían signos suficientes como para evidenciar la incapacidad de la gente "de color", lo que, desde luego, por contraste, entroniza a sus antípodas "blancos" en el peldaño superior.

No viene al caso volver a discutir sobre la científicidad de este aserto. Baste insistir en que es absolutamente debatible el nexo directo entre genes y cultura⁵³. Hasta el momento, por ejemplo, nadie ha podido encontrar el gen de la "ociosidad" atribuída a los negros o, inversamente, el de la supuesta "capacidad inventiva" de los blancos anglosajones. Los últimos intentos de endosar a las pertenencias étnicas y hereditarias la variación individual del coeficiente intelectual, tampoco han logrado el reconocimiento definitivo de la comunidad científica internacional. Esta mas bien

⁵² Ver EYSENCK, H.J. y KAMIN, L. **La Confrontación sobre la Inteligencia. ¿Herencia - Ambiente?** Pirámide, Madrid, 1990.

⁵³. Ver SAHLINS, Marshall. **Uso y Abuso de la Biología**, Siglo XXI editores, España, 1982.

acepta como más plausible la transmisión hereditaria de **predisposiciones** anátomo-fisiológicas --susceptibles de moldearse por estímulos y condiciones del medio--, que la predeterminación genética del comportamiento socio-cultural de los humanos. Para muchos, la propia escala de medición biológica de la diferencia es cuestionable, ya que no hay nada más arbitrario y cínico que localizar grupos en estadios de inferioridad bajo criterios *construídos ex profeso* por sus dominadores⁵⁴.

Por lo tanto, cabe insistir en que el "atraso" o "subdesarrollo" de determinados pueblos se debe menos a su *stock* genético o pertenencia étnico-racial, que al conjunto de causas históricas y estructurales que les ha tocado soportar. No cabe duda de que su subordinación obedece más a procesos históricos de conquista y explotación, que a su morfología o a su supuesta debilidad física o mental. El saldo de su derrota histórica es su inferiorización social y cultural dentro del reordenamiento colonial, y no al revés.

Ya en este plano, el racismo se explica estructuralmente en tanto en cuanto forma parte del conflicto social provocado por el encuentro o choque histórico desigual entre sistemas económicos y socio-culturales claramente diferenciados. En esa medida, encaja en la "política de la diferencia" desplegada por los dominadores al interior de sociedades heterogéneas marcadas por la desigualdad social. Y como ya se había anticipado, la incidencia específica del racismo radicaría en que quienes detentan el poder y sus privilegios, tratan de afirmarlos ante quienes no los tienen con argumentos *construídos* desde el *cientificismo* biológico de la modernidad. En este contexto, esta ciencia "dura" proporciona fácilmente elementos cómodos a los detentadores de un orden económico y político forjado por y para la desigualdad social. La "raza", entonces, como categoría "científicamente" demostrada, concede un sustento empírico a una política de exclusión o

⁵⁴. Ver JULIANO, Dolores. **Educación Intercultural. Escuela y Minorías Étnicas**, EJUDEMA, España, 1983.

discriminación.

Ahora bien, el asunto es averiguar cuándo y en qué condiciones la doctrina racista accede a las altas esferas de un Estado, para convertirse en factor preponderante de la construcción o exacerbación de la intolerancia a la diversidad socio-cultural. Esta apreciación es pertinente no sólo para caracterizar la situación clásica de países modernos en los que explícitamente el Estado adoptó esta actitud⁵⁵, sino también para entender algo que nos interesa con mayor precisión: la constitución de los Estados nacionales latinoamericanos, en varios de los cuales su estructuración se hizo precisamente a partir de la exclusión de sus "aborígenes"⁵⁶. Si ésto es lo que, hipotéticamente, habría incidido en una subjetividad que hasta el momento continúa marcando el comportamiento discriminatorio de las sociedades del presente, no cabe duda de lo oportuno de abrir una discusión por allí.

Entonces, aunque más adelante se tratará este aspecto con mayor detenimiento, cabe adelantar algunas ideas que tienen que ver sobre todo con la localización del racismo en el ámbito de la dominación y la construcción nacional.

Como ya se había anticipado, el racismo se ubica en un problema clave de la humanidad: la afirmación de las identidades socio-culturales dentro de un proceso de globalización galopante, aspecto que nos remite al problema clave de la construcción del **sujeto**. Las corrientes críticas del pensamiento contemporáneo se han encargado de poner en su justa dimensión esta importante cuestión. Dentro de lo más destacable, cabe señalar la necesidad de dirimir la situación del sujeto ante las estructuras sociales, ámbito de la polémica donde justamente encaja el problema de la identidades con

⁵⁵. Para el problema general, ver HERMET, Guy (Comp.). **Totalitarismos**, FCE, México. 1991. Para un caso más particular: PAYNE, Stanley. **El Fascismo**, Alianza Editorial, Madrid, 1995.

⁵⁶. Ver NERVI, Laura. "América Latina; Grupos Etnicos e Integración Nacional", en LISCHETTI, Mirta. **Antropología**, EUDEBA, Buenos Aires, 1987.

especial significación. ¿Son éstas meras traslapaciones de enunciados forjados desde las estructuras o más bien constituyen la sustancia activa y fundamental de las elaboraciones identitarias globales de una sociedad?

No cabe duda de que, para salir de esta disyuntiva, vale adoptar la estrategia de autores tales como Bourdieu o Giddens, para quienes las "estructuras son estructurantes". El asunto es colocarse en las **prácticas**, donde es fácilmente perceptible que los actores son formados dentro de estructuras, pero, a su vez, gracias a la capacidad creativa de su subjetividad, pueden asimilar a su modo tales influencias y reciclarlas de acuerdo a su posicionalidad social y, por añadidura, incidir en el cambio de esas mismas estructuras.

¿Qué significa, entonces, recibir de las estructuras la norma discriminatoria basada en las "razas"? El asunto no es tan fácil ni inocente ya que este factor está lleno de connotaciones emocionales, intelectuales y físicas para los actores, lo que realmente pueden dificultar enormemente la resolución adecuada y feliz de la dirimencia identitaria.

El racismo, como ya se había visto, forma parte de un intento de imponer una idea de identidad totalitaria a una base social múltiple y diversificada. Si bien ésto puede significar para un sector la afirmación emocional e intelectual a su idea de **nación**, para aquellos que no la comparten, puede ser óbice para su reacción identitaria local y segmentaria igualmente emocionada e incondicional. Como lo menciona Foucault, remitirse a la "sangre" o a la "raza" para contraponerse al "soberano" puede ser entendible y justificable. Pero, cuando la ecuación se invierte, es decir, cuando éste también esgrime a la "raza" para oprimir, puede desencadenarse una guerra de razas continua que lamentablemente puede redundar en genocidio. Elegir a la "raza" como indicador identitario constituye problema grave, por lo que cabe prestarle atención más allá del afán científico.

El concepto, en sí, se inscribe no sólo en la confirmación empírica de pertenencia a un grupo, sino a un destino colectivo. Como se verá más adelante, la noción de raza permite dimensionar dentro de la tradición occidental el devenir histórico de los grupos humanos, pero con una connotación gravísima que proviene precisamente de su adscripción al mito de las tres edades: el de la "edad de oro", su descomposición y su futura revitalización. Este paradigma impera en Occidente y constituye el marco en el que la "raza" nada con facilidad y verosimilitud.

Averiguar porqué y en qué sentido se ha utilizado el dial biológico como criterio de discriminación social es entonces de importancia central y es así como entramos de lleno en lo que aquí se ha denominado "proceso identitario", aspecto que, así mismo, definido conceptualmente, ayuda a comprender mejor el carácter del racismo ecuatoriano.